

Domingo segundo después de Navidad A - B - C

Dios nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo, conforme a su agrado. (Ef 1,5)



Primera lectura

Eclesiástico 24,1-4.12-16

La sabiduría hace su propio elogio, se gloria en medio de su pueblo. Abre la boca en la asamblea del Altísimo y se gloria delante de sus potestades. En medio de su pueblo será ensalzada, y admirada en la congregación plena de los santos; recibirá alabanzas de la muchedumbre de los escogidos y será bendita entre los benditos.

Entonces el Creador del universo me ordenó, el Creador estableció mi morada: – Habita en Jacob, sea Israel tu heredad. Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y no cesaré jamás. En la santa morada en su presencia ofrecí culto y en Sión me estableció; en la ciudad escogida me hizo descansar, en Jerusalén reside mi poder. Eché raíces en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad.

Segunda lectura

Efesios 1,3-6.15-18

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales, en el cielo. Ya que en El nos eligió, antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos e irreprochables en su presencia, por amor. Nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo, conforme a su agrado; para alabanza de la gloria de su gracia, de la que nos colmó en el Amado.

Por lo que también yo, que he oído hablar de vuestra fe en Cristo, no ceso de dar gracias por vosotros recordándoos en mi oración, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón, para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama y cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Evangelio

Juan 1,1-5.9-14

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios.

Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.

En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.

La Palabra era la luz verdadera, que alumbraba a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron.

Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios.

Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Meditación

El prólogo del evangelio de Juan es una pieza de valor único. El llega hasta los orígenes. Y estos orígenes se remontan a la eternidad misma de Dios.

En la presentación de la Palabra se distinguen tres fases:

a) Su preexistencia (vv. 1-5). Preexistencia real y personal. La eternidad, personalidad y divinidad del Logos son las tres afirmaciones esenciales del v.1. El poder revelador y salvador de esta palabra tiene su fundamento en el origen y naturaleza de la misma. La Palabra tiene como función esencial hablar, dirigirse a alguien esperando ser acogida y respondida. La Palabra supone unos destinatarios a quienes va dirigida. Y para ellos, para los hombres, es vida y luz. Todo aquello que puede dar a la vida humana su plenitud y sentido. Incluso superando sus propias posibilidades y sueños.

b) En la segunda fase se destaca su entrada en el mundo de los hombres. La mención del Bautista nos sitúa en el terreno histórico. La luz para el hombre no es una idea, algo abstracto, sino Alguien, y tan concreto como el Logos o la Palabra encarnada. Testigo de ello fue el Bautista, cuya figura centra en ser testigo de la luz verdadera, que puede aclarar el misterio humano.

A continuación se nos habla de la aceptación. Recibirlo significa en este caso la acogida favorable del Revelador divino y sus palabras. Es sinónimo de la fe. Y la consecuencia de esta aceptación favorable es la afiliación divina, que es presentada como partiendo de la iniciativa de Dios, no como posibilidad o decisión puramente humanas.

c) La tercera fase es la encarnación: El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria...

Es el punto culminante del prólogo. En sí se nos habla:

– De la paradoja increíble que el Logos eterno de Dios haya entrado en la historia humana. Entrada en la historia humana como sujeto de esta historia; acontecimiento único y casi increíble. Dios mismo entra en la historia como uno más de los que hacemos esta historia. Y al mismo tiempo es el rector o mentor de la historia.

– Esta culminación del prólogo habla elocuentemente del amor infinito de Dios. El Verbo se hizo carne, no hombre. La "carne" indica lo débil, caduco, impotente. Y es que la distancia infinita entre el Logos y la carne, unidos en Cristo, pone de manifiesto el amor infinito de Dios. Distancia infinita salvada por el amor infinito de Dios.

– La afirmación pone de relieve la habitación de Dios entre los hombres, "plantó su tienda", que es la traducción del verbo griego correspondiente y que acostumbramos a traducir por "habitó". Estamos ante la culminación de todos los ensayos de esta habitación de Dios en medio de los hombres.

Ensayos que recoge el Antiguo Testamento cuando habla de la tienda, el templo, el tabernáculo...

– Como consecuencia en Cristo puede verse la gloria de Dios. En oposición a las religiones paganas, que hablaban de "ver" a Dios, afirma Juan que esto es imposible, pero, a través de Jesús, tenemos su revelación. Jesús nos manifiesta a Dios, nos lo da a conocer.

Domingo segundo después de Navidad A - B - C

Dios nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo, conforme a su agrado. (Ef 1,5)



Primera lectura

Eclesiástico 24,1-4.12-16

La sabiduría hace su propio elogio, se gloria en medio de su pueblo. Abre la boca en la asamblea del Altísimo y se gloria delante de sus potestades. En medio de su pueblo será ensalzada, y admirada en la congregación plena de los santos; recibirá alabanzas de la muchedumbre de los escogidos y será bendita entre los benditos.

Entonces el Creador del universo me ordenó, el Creador estableció mi morada: – Habita en Jacob, sea Israel tu heredad. Desde el principio, antes de los siglos, me creó, y no cesaré jamás. En la santa morada en su presencia ofrecí culto y en Sión me estableció; en la ciudad escogida me hizo descansar, en Jerusalén reside mi poder. Eché raíces en un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad.

Segunda lectura

Efesios 1,3-6.15-18

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales, en el cielo. Ya que en Él nos eligió, antes de la creación del mundo, para que fuésemos santos e irreprochables en su presencia, por amor. Nos predestinó a ser hijos adoptivos suyos por Jesucristo, conforme a su agrado; para alabanza de la gloria de su gracia, de la que nos colmó en el Amado.

Por lo que también yo, que he oído hablar de vuestra fe en Cristo, no ceso de dar gracias por vosotros recordándoos en mi oración, a fin de que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os dé espíritu de sabiduría revelación para conocerlo, e ilumine los ojos de vuestro corazón, para que comprendáis cuál es la esperanza a la que os llama y cuál la riqueza de gloria que da en herencia a los santos.

Evangelio

Juan 1,1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios.

Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho.

En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió.

Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz.

La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios.

Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Juan da testimonio de él y grita diciendo: – Éste es de quien dije: "El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo."

Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia: porque la ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo.

A Dios nadie lo ha visto jamás:

El Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer.

Meditación

El prólogo del evangelio de Juan es una pieza de valor único. El llega hasta los orígenes. Y estos orígenes se remontan a la eternidad misma de Dios.

En la presentación de la Palabra se distinguen tres fases:

a) Su preexistencia (vv. 1-5). Preexistencia real y personal. La eternidad, personalidad y divinidad del Logos son las tres afirmaciones esenciales del v.1. El poder revelador y salvador de esta palabra tiene su fundamento en el origen y naturaleza de la misma. La Palabra tiene como función esencial hablar, dirigirse a alguien esperando ser acogida y respondida. La Palabra supone unos destinatarios a quienes va dirigida. Y para ellos, para los hombres, es vida y luz. Todo aquello que puede dar a la vida humana su plenitud y sentido. Incluso superando sus propias posibilidades y sueños.

b) En la segunda fase se destaca su entrada en el mundo de los hombres. La mención del Bautista nos sitúa en el terreno histórico. La luz para el hombre no es una idea, algo abstracto, sino Alguien, y tan concreto como el Logos o la Palabra encarnada. Testigo de ello fue el Bautista, cuya figure centra en ser testigo de la luz verdadera, que puede aclarar el misterio humano.

A continuación se nos habla de la aceptación. Recibirlo significa en este caso la acogida favorable del Revelador divino y sus palabras. Es sinónimo de la fe. Y la consecuencia de esta aceptación favorable es la afiliación divina, que es presentada como partiendo de la iniciativa de Dios, no como posibilidad o decisión puramente humanas.

c) La tercera fase es la encarnación: El Verbo se hizo hombre y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria... Es el punto culminante del prólogo. En sí se nos habla:

– De la paradoja increíble que el Logos eterno de Dios haya entrado en la historia humana. Entrada en la historia humana como sujeto de esta historia; acontecimiento único y casi increíble. Dios mismo entra en la historia como uno más de los que hacemos esta historia. Y al mismo tiempo es el rector o mentor de la historia.

– Esta culminación del prólogo habla elocuentemente del amor infinito de Dios. El Verbo se hizo carne, no hombre. La "carne" indica lo débil, caduco, impotente. Y es que la distancia infinita entre el Logos y la carne, unidos en Cristo, pone de manifiesto el amor infinito de Dios. Distancia infinita salvada por el amor infinito de Dios.

– La afirmación pone de relieve la habitación de Dios entre los hombres, "plantó su tienda", que es la traducción del verbo griego correspondiente y que acostumbramos a traducir por "habitó". Estamos ante la culminación de todos los ensayos de esta habitación de Dios en medio de los hombres. Ensayos que recoge el Antiguo Testamento cuando habla de la tienda, el templo, el tabernáculo...

– Como consecuencia en Cristo puede verse la gloria de Dios. En oposición a las religiones paganas, que hablaban de "ver" a Dios, afirma Juan que esto es imposible, pero, a través de Jesús, tenemos su revelación. Jesús nos manifiesta a Dios, nos lo da a conocer.